

## SINOLOGIA

**C**ierta forma de considerar y analizar la política soviética se ha traspasado ahora al estudio de la política china. La «kremlinología» se ha convertido en sinología. Aquella era una especie de conglomerado de estudios del comunismo desde el anticomunismo, de propaganda, de manera de ganarse la vida de algunos exiliados en Estados Unidos, de informes de espionaje y de artículos de enviados especiales; estos elementos aparecen en la sinología incrementados con elementos de «alma oriental», leyendas del misterio chino y un cierto miedo a lo que en el fondo es desconocido. Convengamos en que el Kremlin staliniano era desconfiado, oscuro y secreto —no todas las sombras se han desvanecido todavía— y que la «Ciudad prohibida» de Pekín sigue siendo adorada de la truculencia, incluso en el viejo nombre imperial. El hecho de que el X Congreso del Partido comunista, que acaba de celebrarse, haya estado revestido de sigilo y misterio —mil delegados se han reunido durante cinco días sin dejar filtrar ni una sola palabra, y sin que nadie se diese cuenta de todo ello hasta que el Congreso ha terminado— abona estas facilidades dadas a los especialistas en ocultismo político. Como el hecho de que ahora, en este Congreso, se haya informado por primera vez de los acontecimientos referentes a la traición de Lin Piao, que se remontan a 1970.

**E**n agosto de 1970, Lin Piao intentó un «golpe contrarrevolucionario», ha explicado ahora Chu En-lai, y fue atajado. Pero al año siguiente lo intentó de nuevo, durante el mes de septiembre. Trataba de asesinar a Mao Se-tung y ocupar el poder; era el heredero directo. Pero, ¿cuál era la intención política de Lin Piao? Parece que, en principio, negaba la tesis de Mao, según la cual la lucha principal en el interior de China es una lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. En su lugar quería imponer la tesis de que la lucha se establece entre el sistema socialista y el retrasado sistema de producción. No parece en principio que esta diferencia de tesis sea suficiente como para querer matar al Presidente o para huir al extranjero cuando se le reprochan. Lin Piao tuvo que huir; el 13 de septiembre se apoderó de un avión y se fue hacia «los revisionistas soviéticos», pero sufrió un accidente en Undur Jan —República Popular de Mongolia— y se mató. La huida hacia la URSS de Lin Piao y sus colaboradores quizá pueda dar una clave mayor del intento de su política: la de buscar un nuevo entendimiento entre China y la URSS. La clave de casi todo lo que está pasando en China está en esas relaciones, que ya empezaron a ser malas en la época de Stalin y fueron peores a partir de la de Krutchev. Para China significaban mucho: dependía entonces casi enteramente de la técnica y de la ayuda de la URSS, incluso las claves de su defensa estaban en las armas nucleares soviéticas. Posteriormente, toda su evolución política interior y exterior ha estado dominada por la mala relación con la URSS y por el miedo a un ataque repentino soviético. Sobre todo, en las temporadas de encuentros fronterizos en los territorios reivindicados.

**E**l discurso de Chu En-lai en el X Congreso no es, de ninguna manera, una renovación de hostilidad para la URSS. Si su lenguaje es duro y agresivo, lo es menos que en otras ocasiones, y envuelve una serie de ofertas y esperanzas. En cierta forma, la principal acusación es para los países occidentales, que siempre —dice— han querido desviar el peligro que para ellos representaba la URSS hacia China; pero los «revisionistas» se han prestado a ello. Pero ello no quiere decir que el pueblo chino deba estar «decepcionado o engañado, acobardado» con respecto al porvenir de las relaciones con la URSS. Si hay controversia en cuestiones de principio, ello no debe impedir la normalización de relaciones entre Moscú y Pekín, y si hay problemas en las cuestiones territoriales, podrán ser resueltas por negociaciones pacíficas, «libres de cualquier amenaza». Sin tampoco hacer concesiones. «¿Tendríamos acaso que entregar todo el territorio al Norte de la Gran Muralla a los revisionistas soviéticos para demostrar que deseamos tener buenas relaciones con ellos y que estamos a favor de la reducción de la tensión mundial?». En cambio, la URSS podría hacer tres o cuatro cosas que demostrarían su buena voluntad: por ejemplo, retirar sus

tropas de Checoslovaquia y de Mongolia, devolver al Japón las islas Kuriles. En todo caso, China no está dispuesta a atacar la primera; «pero replicaremos enérgicamente si somos nosotros los atacados».

**L**OS Estados Unidos salen mejor parados; Chu En-lai hace una constatación de que las relaciones van mejorando continuamente, aunque entiende bien que tanto Estados Unidos como la URSS pretenden la hegemonía mundial, y devorar China, que es —según él— apetecible. Pero China hace todo lo posible por mejorar sus relaciones internacionales y lo va consiguiendo: sobre todo con Estados Unidos y con el Japón. Y con los pueblos de otros países estas relaciones son ahora «más amplias que nunca». «Nos ayudamos todos, unos a otros, y de esta manera impulsamos la situación mundial en el camino de lo que es favorable para los pueblos de todos los países».

**E**n términos generales, un discurso aperturista. Es el triunfo de la «línea Chu», en el decir de los sinólogos; una línea que satisficiera grandemente a los Estados Unidos y a los países occidentales y que, a la larga, podría ser útil en el desarrollo de la otra coexistencia que queda, la de la URSS y China, sin la cual realmente la otra tendrá solamente un valor relativo. La predicción de Chu En-lai de que el próximo encuentro entre Estados Unidos y la URSS sucederá en Europa, aunque parece muy poco probable en el contexto actual de la situación del mundo, es una indicación de que Asia puede dejar de ser el campo de batalla.

**L**a «línea Chu» está, a lo que parece, fortalecida por los nombramientos del X Congreso: la elección del Comité Central por el Congreso y la del buró político por el Comité Central. No ha habido nombramiento de sucesor. El último fue Lin Piao, y no parece que su comportamiento anime a cubrir esta plaza o a alimentar las esperanzas de nadie. Hay, sin embargo, un nombre que emerge, el de Wang Hung-wen, de treinta y cinco años, tercero en importancia (después de Mao y de Chu). Se dan como datos el hecho de que es un obrero urbano, lo cual le da cierta singularidad dentro de un buró político y de un Comité Central con mayoría de campesiones y de intelectuales, y se apunta el dato de su edad. Se suma a otros nombramientos de jóvenes, y se indica que se trata de una renovación en este sentido del viejo mando, de los senadores del partido, supervivientes de otras luchas y otros tiempos, cargados con setenta y cinco, hasta con ochenta años —el mariscal Chu Teh, nacido en 1886, el mismo año de Tung Pi-wu, que ahora es presidente interino de la República—. Se buscan, quizá ojos nuevos para enfocar las situaciones nuevas. Tampoco, por otra parte, se recogen los restos de los caídos en la revolución cultural. Muchos han sido rehabilitados, muchos ocupan cargos o puestos de importancia. Pero no aparecen o reaparecen en el Comité Central. En la víspera del X Congreso, el «Diario del Pueblo» publicaba un artículo de un profesor de filosofía que ataca a Confucio, y le atacaba porque durante su mandato como primer ministro volvió a llamar a tareas de gobierno a «aquellos que se habían retirado a la oscuridad» y pretendió hacer sólido su poder reaccionario resucitando a los



Mao, acompañado de Chu y del joven Wang Hung-wen, durante una de las sesiones del Congreso.



El X Congreso Nacional del Partido Comunista Chino ha elevado a un hombre de treinta y cinco años, antiguo obrero textil, llamado Wang-Hung-wen, al tercer puesto en la jerarquía oficial del partido, detrás de Mao y de Chu En-lai.

«viejos y los moribundos». Estas son las piezas que cazan con entusiasmo los sinólogos, porque creen ver en ellas claves muy actuales. Y quizá sea así. De hecho, el partido comunista chino ha operado alguna renovación de edades y personas y, por lo que se sabe, la mayor parte de ellas están en la línea aperturista y tranquila de Chu En-lai. Ello significa la continuación de una política de moderada coexistencia. Sin que la palabra se pronuncie nunca, porque pertenece al vocabulario del «revisionismo soviético» y está, por lo tanto, maldita.

EN Moscú, discurso y nombramientos han producido una reacción más bien hostil. Quizá cambie más adelante, pero la política de Moscú es siempre lenta en lo que es público. «Izvestia» escribe que el X Congreso ha consagrado «el régimen militar y burocrático» creado por la «subversión maoísta».

LAS conclusiones que se pueden obtener provisionalmente de este X Congreso del partido comunista chino son éstas: Chu En-lai mantiene entera su personalidad, junto al anciano Mao; la política de apertura hacia Occidente va a continuar; las puertas para un mejor entendimiento con la Unión Soviética no están cerradas, sino que, al contrario, se habla de normalización de relaciones y de solución de los problemas territoriales por la vía de la negociación; algunos de los hombres de la revolución, de la larga marcha y de las viejas luchas se mantienen en el buró político y en el Comité Central como muestra de que la pureza de la doctrina no se ha perdido y ha de continuarse; pero junto a ellos aparecen jóvenes entre los treinta y cuarenta años, nacidos a la vida política en las actuales condiciones del mundo, que pueden aplicar una mayor ductilidad a las normas clásicas de la política; no hay ninguna forma de regreso a la revolución cultural, experiencia que se considera definitivamente interrumpida, pero tampoco se la condena; los políticos y dirigentes eliminados de la vida pública por la revolución cultural han sido en gran parte rehabilitados, con algunas excepciones importantes, y ocupan puestos de responsabilidad, pero no aparecen en el Comité Central. En general, la oposición de China después de esta reunión, y en espera del IV Congreso Nacional del Pueblo que ha anunciado Chu En-lai —el Congreso en el que están representados los 28 millones de militantes del partido y en el que se eligen los miembros del Gobierno; el III se reunió hace ocho años—, no modifica en nada los puntos de referencia de la política mundial tal como se está desarrollando en estos momentos.

## LA CRISIS DE PODER EN LOS ESTADOS UNIDOS

Una entrevista misteriosa y urgente entre el Presidente Nixon y el vicepresidente Agnew es en este momento el punto más importante de la crisis de poder en Estados Unidos. A petición de Agnew, Nixon suspendió sus vacaciones en San Clemente y regresó con urgencia a la Casa Blanca; los dos hombres se reunieron durante dos horas, y no se sabe de qué hablaron. Se dijo que Agnew iba a presentar la dimisión, pero se desmintió, antes y después de la reunión. Más bien parece que el contenido de la conversación es el contrario: «Yo no dimito», habría dicho Agnew; «Yo, tampoco», sería la respuesta de Nixon. Podría tratarse también de un intento de reconciliación o de unión ante el peligro mutuo. Hasta ahora, cada uno parecía haber abandonado al otro a su suerte; ninguno quería contagiarse de las acusaciones que pesan sobre el otro.

Estas acusaciones son, como se sabe, distintas. Sobre Nixon pesa el contencioso de Watergate; sobre Agnew, una acusación por cohecho, extorsión y conspiración (entiéndase esta última palabra no en el sentido político, sino en el económico: conspiración de algunas autoridades y de algunas empresas privadas contra los fondos del contribuyente). Los hechos que se le imputan sucedieron cuando era gobernador de Maryland, pero se cree que se han prolongado durante la Vicepresidencia. El caso de Agnew es más inmediatamente grave que el de Nixon; mientras que contra éste no hay hasta ahora nada que pueda ser considerado concluyente desde un punto de vista jurídico, contra el vicepresidente se han acumulado pruebas que tiene en sus manos el Gran Jurado de Baltimore. Se afirma en la prensa de Estados Unidos que este Jurado está a punto de procesar a Agnew, y que si no lo ha hecho aún es porque quiere antes desembrollar el problema constitucional. Este consiste en que no se sabe bien si puede procesarse o no a un vicepresidente en activo, si éste debería antes dimitir o, en caso contrario, si el Congreso debería obligarle a ello mediante la fórmula del «impeachment». Se asegura también que el número de pruebas acumuladas es tal que Agnew no podrá negarlas, y que no habrá de basar su defensa en la inocencia, sino que habrá de admitir su culpabili-

dad, aunque tratando de reducirla al máximo. Tampoco se sabe si en caso de un veredicto de inculpabilidad, Agnew podría ser rehabilitado para su cargo, en el caso de que lo perdiese; ni si podría continuar siendo vicepresidente una vez procesado, pues hasta que se dicte sentencia la presunción de inocencia acompaña a todo acusado.

En el caso de una destitución del vicepresidente, el Congreso deberá nombrar por votación uno nuevo, según el artículo 2.º y la enmienda XX de la Constitución. Parece que Nixon tiene ya redactada la lista de nombres (el primero, John Connolly) que puede proponer al Congreso en este caso, aunque en realidad no parece que la Constitución determine que ha de ser el Presidente quien proponga. En este caso, el nombre del vicepresidente designado por el Congreso podría tener una importancia excepcional, porque sería quien ocupase la Presidencia en el caso de la inhabilitación de Nixon, y lo haría hasta 1976, fecha de las nuevas elecciones. Un período lo suficientemente largo como asegurarse de que la Presidencia debería estar en manos firmes. Aunque tampoco se sabe si un vicepresidente elegido en estas condiciones podría estar capacitado, y si el Congreso tendría en realidad que elegir otra persona para ocupar la Presidencia.

Por otra parte, no está excluido que el caso de Agnew se vaya a mezclar con el caso Nixon, con el de Watergate. Samuel Dash, abogado de la mayoría en la comisión del Senado que estudia el caso Watergate, se ha dirigido al Departamento de Justicia para pedir información del asunto, por si los dos estuviesen relacionados: no ha recibido respuesta hasta ahora. La sospecha está en que podría suceder que algunos de los fondos que se cree que Agnew pudiese haber obtenido ilegalmente pudiesen haber servido para la campaña electoral, y la posibilidad de que Nixon tuviese o no conocimiento de todo ello. Podría ocurrir, si ello fuese así, que Nixon y Agnew resultasen inhabilitados al mismo tiempo por el Congreso, independientemente de los procesos judiciales que se siguieran contra ellos, o retirándoles la inmunidad del ejecutivo para que la justicia ordinaria pudiese actuar libremente.